

¿CRISIS EN LA SOCIOLOGÍA?¹

Quiero agradecer a quienes dirigen la revista de los estudiantes de sociología el que hayan convocado a este seminario. La convocatoria ha sido un intento de reflexión sobre el estado actual y sobre la perspectiva de la sociología. Es más o menos comprensible que sean los estudiantes quienes manifiesten esta inquietud, porque se presume que eligieron una disciplina —en algunos supongo que por vocación— y que tendrán que dedicar su vida intelectual a ese tipo de actividad. Pero junto a esa inquietud, que es propia de los estudiantes, y en especial de los más jóvenes, relacionada con cuál es el futuro de la disciplina, hay un motivo que es más inmediato, al cual alguien ha hecho referencia y que de hecho parece ser el que gatilló este tipo de discusión.

En parte se trata de analizar, en la medida de lo posible, la intervención de José Joaquín Brunner en aquella reunión de FLACSO que, como todos sabemos, dio origen a un debate que hacía tiempo no se producía con tanta intensidad en el ámbito de la sociología. De modo que parece un buen punto de partida iniciar la reflexión teniendo en cuenta lo que señaló Brunner, aunque, obviamente, por ese hecho, mucho de lo dicho estará incorporado dentro de lo que es mi propia reflexión.

¹ Texto extraído de *Némesis*, N° 1, revista de los estudiantes de sociología de la Universidad de Chile, junio de 1996.

La referencia de Brunner está dirigida a la sociología en general, a la sociología como disciplina. La verdad es que, de hecho, también está pensando en América Latina y en la situación de la sociología en Chile, pero su referencia concreta no alude a la sociología en Chile, como digo, sino a la sociología en general.

Brunner centra su exposición en un paralelo entre sociología y novela y, debo confesar que me interesó, porque en algún momento pensé dedicarme a la sociología de la literatura —con muy poco éxito, debo advertir—, y parecía interesante partir desde esa perspectiva. Brunner establece una relación entre la sociología y la epopeya o la épica, y una relación, que a veces parece ser más polémica, con la novela propiamente tal.

Cierta tradición sociológica, a juicio de Brunner —y me parece que uno podría concordar con él—, se asimila al carácter del relato épico. No es que sea lo mismo, pero hay cierta homología entre el relato épico y cierto estilo de la sociología: es un afán de dar cuenta de grandes procesos de la historia y desentrañar dentro de esos procesos el sentido de esa historia. Es la sociología que habla de temas como los procesos de racionalización, de secularización, de universalización, de modernización, etc. Si quisiéramos citar nombres, sería la sociología de un Marx, de un Weber, de un Habermas y, en planos más modestos, de quienes intentan seguirlos. Se trata de un tipo de sociología cuyo afán principal sería la comprensión de los grandes procesos históricos, no digo *Verstehen*, porque resulta un poco siútico.

También está la sociología que se liga con la novela y, en cierta medida, compite con ella, no con toda la novela, porque son varios los géneros novelísticos, sino con aquella que es preferentemente relato del presente. Con una pizca de exageración, podríamos decir que Brunner insinúa que la sociología, como epopeya, muere compartiendo la muerte de los grandes relatos. Todo el mundo habla de que si hay algo que ha muerto hoy en día, son los grandes relatos. Por tanto, ese tipo de sociología comparte la muerte con esos grandes relatos; esos grandes relatos, que antes llamábamos filosofía de la historia —porque de eso se trata—, esa filosofía de Hegel, la filosofía de un Marx, la filosofía de un

Spengler, de un Toynbee, incluso de un Croce, aunque en verdad a Croce no le gustaba para nada la denominación “filosofía de la historia” y tampoco le gustaba la sociología; para Croce, la sociología era algo así como la filosofía de la historia de los tontos, más o menos.

Lo importante es que Brunner señala —por cierto, siguiendo a muchos otros— que también han muerto los portadores de los grandes relatos; no es tan sólo el gran relato el que ha desaparecido, sino que aquel que llevaba en sí el gran relato, también ha muerto. Ha muerto el Estado, han muerto los partidos, han muerto las clases sociales, han muerto los sindicatos, han muerto las civilizaciones, han muerto las revoluciones, etc. Parece ser la muerte de todos. Pero digo que si Nietzsche declaró la muerte de Dios, por qué asombrarse tanto de que Brunner declare la muerte de la sociología. No es para tanto: frente a la muerte de Dios, no es mucho.

La otra sociología, la que por contraste podríamos llamar *sociología minimalista*, corre el riesgo de transformarse en tediosa y pedante cuando aborda temas que el cine, la novela y la televisión tratan de manera más aguda y mejor. Ahora, si miramos un poco hacia atrás, epopeya y gran sociología han coexistido, y también novela —en la acepción de Brunner— y sociología han coexistido. A veces ha primado una, a veces otra, pero incluso no son escasos los momentos en que buena novela y buena sociología han existido juntas. Baste pensar —y ya se decía acá— en los años sesenta en América Latina. En esa década tiene lugar el *boom* de la novela latinoamericana con García Márquez, con Cortázar, con Sabato, con Vargas Llosa, etc., y es también la época del *boom* de la sociología. No es muy comprensible entonces la idea de que necesariamente el predominio de una signifique la muerte de la otra. Han coexistido y pueden coexistir durante largo tiempo.

Pero sigamos con la argumentación de Brunner. El tema es: ¿por qué la sociología agoniza hoy en día? ¿Por qué el gran relato ya no tiene como protagonistas a héroes como el Estado, los partidos, las clases, sino más bien al Banco Mundial? El nuevo héroe es de hecho el Banco Mundial. Porque el relato de la vida

cotidiana lo hacen mejor los periodistas, lo hace mejor el cine, lo hace mejor la televisión. Pero si así lo asumiéramos, es decir, este ocaso de la sociología en cualquiera de sus formas, en forma épica, en forma novelesca o lo que sea, ¿a qué se debe?

Sostiene Pereira, perdón, Brunner sostiene, que vivimos en un momento de pensamiento débil, donde no hay Historia, con mayúscula, sino historietas, donde lo contemporáneo ya no es serio, porque ya no vivimos en la sociedad de la producción, sino en la sociedad del consumo. Una sociedad que se burla de las estructuras y de los valores, de lo sagrado y de la memoria; una sociedad caracterizada por dedicarse al intercambio, al cinismo conceptual y a las creencias esotéricas. Si ustedes leyeron el discurso de Brunner, en esa parte el texto da un salto que parece un poco extraño, pero no lo es. Hace una larga cita, que es una reflexión sobre la izquierda. Hasta ahí estábamos en la reflexión sobre la sociología, y al final “pega el salto” a la reflexión sobre la izquierda y hace referencia a ella, citando:

[...] una izquierda definitivamente derrotada, cuya derrota ha significado también la derrota de los paradigmas en que se fundaba. La pregunta es ¿qué ocurriría si la izquierda se encontrara de pronto no sólo apabullada y sobrepasada, sino completamente descolorada, hablando un discurso absolutamente fuera de tono con la modernidad? ¿Cuál sería la reacción de la izquierda política frente a ese tipo de derrota?

Y ahí concluye el discurso de Brunner, precisamente con esa interrogante.

Pero nos podemos plantear esto: ¿qué tan cierto es que no se ha dado respuesta? Porque muchos ya lo han hecho. Él mismo ha dado algún tipo de respuesta. No me voy a meter en la crítica de las respuestas que ellos han dado, ni voy a hacer crítica *ad hominem* —mi temperamento me impide esa posibilidad. Pero hay, creo, un desafío. El problema es si sólo hay una respuesta válida que parecería ser ésta, la de asumir sin ilusiones la nueva realidad. Porque pareciera ser eso lo que se está preconizando, es

decir, “asuma usted la realidad tal cual es, no se haga más ilusiones, no viva de ilusiones, que de algún modo se le va a demostrar concretamente que son falsas”. El problema que cabe plantear es: “bueno, ¿cuál es esa realidad que hay que asumir sin ilusiones? ¿La realidad del Banco Mundial? ¿La del comunicador de televisión?” Aquí entroncamos, creo, con la convocatoria de esta reunión, cuyo título exacto es “Condición actual y perspectivas futuras de la sociología en Chile”.

Un primer punto: como decía al principio, el artículo de Brunner se refiere a la sociología en general, y eso no es arbitrario. Ahora, no creo que nosotros debamos escapar al cuestionamiento por la vía fácil de un “no sucede así en Ruritania”. Recuerdo un viejo profesor inglés que cada vez que hablaba de cosas generales no faltaba alguien que paraba el dedo y decía: “en Ruritania las cosas no son así”. No creo que sea la salida fácil para nosotros decir “mire, aquí en Ruritania las cosas son de otra manera”. Es cierto que tenemos particularidades, pero no podemos volvernos de espalda a una situación que es general. El problema es, como siempre, tratar de ver cómo lo general se expresa en lo particular. Dicho de otra manera, asumamos, aunque sea por un rato —y algunos pueden de hecho con argumentos válidos discutirlo—, que es el caso de Moulian —es un ejemplo—, que hay crisis en la sociología y en las ciencias sociales. Algunos pueden discutir si es que realmente la hay. Estamos hablando de *crisis*, y hoy en día el éxito mayor de librería —el libro más vendido en la Feria del Libro— es el libro de Moulian. Podría uno decir: “¿Hasta dónde estamos hablando de crisis de la sociología frente a un éxito de ese estilo?” Pero asumamos que estamos realmente enfrentados a una situación de crisis.

Las causas de esa crisis han sido profusamente señaladas y no tiene sentido repetirlas aquí. Pero esa crisis, insisto, de haberla, ¿qué ha significado o qué puede significar para nuestra existencia, aquí y ahora? Dicho de modo más enfático, la crisis de la sociología o de las ciencias sociales en general, ¿es algo que interesa sólo a las ciencias sociales y a los que se dedican a ella? ¿Es algo que pone en peligro una forma de ganarse la vida? Porque

muchas veces la reacción aparece como una especie de reacción corporativa: ¡Maldito este señor Brunner que nos está despresigiando la profesión!

Visto desde esta perspectiva, si la sociología fuera reemplazada por algo que cumple más a cabalidad lo que antes era el propósito de la sociología, obviamente que sería bastante lamentable para quienes tenemos que ganarnos la vida con ella. Pero la verdad es que no sería tan terrible desde un punto de vista un poquito más desinteresado. Por eso, entonces, creo que la pregunta que cabe en estos momentos es si hay un significado mayor en esta crisis que lo que compete a la pura ciencia social. Si esta crisis interesa—in-sisto—sólo a la ciencia social o tiene un significado más amplio.

Buena sociología y buena novela nos permiten una comprensión del mundo en que vivimos. No veo por qué tenemos que plantearnos en términos de competencia con la novela o sentirnos desplazados por la novela. La mayor parte de nosotros accedimos a la comprensión del mundo en que vivimos a través de la novela, y muchas veces nuestro modo de comprender la realidad fue ése. ¿A quién se le ocurría pasarle un mamotreto de sociología o de economía al señor que le preguntaba qué era América Latina? Preferíamos pasarle alguna novela, tal como *Cien años de soledad*, o si éramos más conosureños le pasábamos *Sobre héroes y tumbas*, o algo por el estilo. Sabemos que novela y sociología no necesariamente compiten; ambas de alguna manera nos permiten, como decía, comprender el mundo en que vivimos. Nos permiten adentrarnos en el sentido de la vida.

Pero hay algo que siempre fue pretensión de la sociología y de las ciencias sociales en general, esto es, encarar racionalmente, *científicamente*, si ustedes quieren, ese sentido de la vida. Compartimos la preocupación por el sentido con la gente de la literatura, con la gente que se dedica a la novela, pero suponíamos que nosotros postulábamos la posibilidad de que el hombre plasmara el mundo de acuerdo a ese sentido. Queríamos comprender el sentido del mundo, el sentido de la existencia, el sentido de la vida; pero no tan sólo en un afán de comprender lo que ahí estaba,

sino también de —a partir de esos sentidos racionales— poder construir en cierta medida un mundo.

De modo, entonces, que la duda respecto al valor de la sociología sería de hecho una duda respecto a nuestra posibilidad de encontrar un sentido a la acción, porque a través de las ciencias sociales estamos tratando de buscar no tan sólo la comprensión de nuestras acciones, sino el sentido de ellas y la posibilidad de otorgarles también un sentido de acuerdo a la razón.

¿No se trataría, entonces, detrás de este abandono de la sociología, de una duda con respecto a la posibilidad de cambiar el mundo? Ustedes me van a disculpar que siga siendo, de hecho, un heredero de la Ilustración en cuanto búsqueda de la verdad y pretensión de vivir de acuerdo a la verdad. La vieja idea de la Ilustración fue ésa: buscar la verdad, y una vez encontrada, poder vivir de acuerdo a ella; obviamente, consciente de todos los límites que esa tarea encierra, de todas las dificultades que se hacen presentes para tal función.

El problema de la sociología, en cuanto ciencia, es el problema de la verdad. Es ése el problema que la sociología tiene que encarar, y, si hay algo que ya sabemos, es que no necesariamente la verdad coincide con lo fáctico.

En el pesimismo de hoy en día hay una especie de extraordinaria paradoja. Se asoma una especie de pragmatismo en donde la prueba de la verdad es su éxito. Es como una lectura fácil y rápida de Dewey: la verdad es tal en la medida en que demuestra en los hechos su éxito. Nos guste o nos disguste su éxito, pero eso es verdad. No obstante, el criterio de lo verdadero no es lo mismo que lo fáctico. Hay verdades de hecho y hay verdades de razón. La existencia de un Hitler es una verdad de hecho, pero la existencia de un Hitler no es una verdad de razón; y, de alguna manera las verdades de hecho pueden ser falsas frente a las verdades de razón. Aún más, son las verdades de razón las que hacen la posibilidad o constituyen la posibilidad —y subrayo la dimensión de *posibilidad*— de una sociedad verdadera, porque esta sociedad en la cual vivimos es fáctica, pero es falsa.

En ocasiones —y mis alumnos lo saben—, citando a Husserl, he recordado que la sociología y las ciencias sociales son ciencias de la intencionalidad, que ése es su objeto: la comprensión de las intenciones humanas. Pero, a la vez de ser ciencias *de* la intencionalidad, son ciencias *con* intencionalidad: tienen, ellas mismas, intenciones. Por eso conviene destacar que la tradición de las ciencias sociales, y de la sociología en América Latina, y específicamente en Chile, ha sido la intención de no someterse a “lo real”, así, entre comillas; esto es, de no someterse a las cosas tal como son. La pretensión de la sociología, y de las ciencias sociales, en América Latina y en Chile, ha sido que no hemos querido someternos a lo que aparecía como “lo real”. Creo que esa intencionalidad debe mantenerse, porque poder liberarse de las cosas tal como son es la condición de nuestra autonomía. De modo más enfático: es condición de nuestra libertad poder superar el peso de realidades aplastantes. Y esto se refiere, muy concretamente, al problema de las perspectivas de la sociología en Chile.

Nuestro desafío permanente es constituir los temas actuales y futuros de la sociología; siempre nos preocupamos de eso. Y esta constitución de temas no es una tarea fácil. Podemos constituir temas de un modo *pasivo*, es decir, asumir simplemente lo que otros proponen y, lamentablemente, ése ha sido a menudo nuestro caso. Ahora, el hecho no es tan grave si los temas que los otros nos proponen, nosotros los podemos considerar a la vez como significativos. Me refiero más bien al peligro de una recepción pasiva del mundo, a esa facticidad a la cual hacía referencia.

Tematizar es más que recoger los temas que aparentemente andan en el mundo. *Tematizar* es proyectar, es establecer alguna mediación entre propósito, intención y proyecto. Se trata entonces de construir determinado tipo de tema de acuerdo también a determinados fines. Quiero insistir en que en la constitución de temas hay intencionalidad, y no veo por qué haya que abandonar la intención de una sociedad futura más verdadera, más racional y más libre.

Hay un último tema al cual quiero hacer referencia. A menudo se subraya como logro adquirido en este tiempo, el valor y el

respeto a la diversidad, y, por cierto, el respeto a la diversidad es un logro frente a uniformidades impuestas, cualquiera sea el signo de esa uniformidad. Pero existe el peligro de que la diversidad sea vista como la imposibilidad de una finalidad intencional por una sociedad en la que la única salida sea creer en la mano invisible del mercado, ese mercado en el que el individuo ciego que sólo persigue intereses egoístas, por un extraño milagro, hace posible el bien para todos. Todos tenemos que respetar la diversidad de los otros. ¿Cómo constituimos un ente colectivo? ¿Eso dependerá de algo tan ajeno a nuestra voluntad como aparentemente es el mercado?

En ciencias sociales sabemos que junto a la subjetividad del *yo* existe la intersubjetividad, y que esa intersubjetividad es, precisamente, lo social. Dicho de otra manera, lo social es lo intencional del *nosotros*; es decir, tal como hay intencionalidad del *yo*, hay una intencionalidad del *nosotros*. La pretensión de la sociología ha sido, insisto, ayudar a la posibilidad de existencia de una sociedad racional. Una sociedad no racional es una sociedad que nos sumerge en la alienación, en donde lo creado por nosotros se nos hace ajeno y nos domina, en donde los seres humanos son cosa entre las cosas, y aquí nos estamos refiriendo a algo que creo es responsabilidad de nuestra disciplina.

Esta escapada hacia la novela, la cual muchos sociólogos hoy día parecieran querer asumir —y estaría bien que lo hicieran, si fueran buenos novelistas—, es también, además de eso, síntoma de la necesidad de romper con un estilo de ciencia que parece obligar a someterse a la realidad tal cual es. Creo que hay un síntoma detrás de esta declaración de que están aburridos con un tipo de ciencia, que quieren otra, que quieren otro enfoque sobre el mundo y empiezan a hablar de un enfoque más próximo a la novela, un enfoque que recupere subjetividades, etc. Y creo que hay razón en eso, porque la mayor parte de la veces cultivamos una disciplina que en su pretensión de “objetiva” no admite otro hecho que la realidad de las cosas, pero como el propio Brunner reconoce, esta realidad de las cosas es una realidad hecha, y está hecha por aquel mismo Banco Mundial que, cito, “describe y

analiza más fehacientemente los sistemas y proporciona además manuales para actuar sobre ello”. Frente a ese hecho indiscutible, ¿podemos conformarnos con una ciencia que so capa de empirismo y objetividad, prescinde de intencionalidad, de su propia intencionalidad? No tan sólo intenta prescindir de la intencionalidad de los otros, sino de su intencionalidad como ciencia.

En suma, responder a las perspectivas futuras de la sociología en Chile —como reza la convocatoria de este seminario— no pasa por una capacidad de previsión, por una especie de capacidad de avizoramiento del mercado futuro, como dirían algunos, sino que constituye una tarea; una tarea que es contribuir a la desalienación de la sociedad en que vivimos, generando un tipo de conocimiento cargado de intencionalidad y que tenga el propósito de ayudar a constituir una sociedad racional, verdadera y libre. Valores que, por lo demás, nunca han sido ajenos a una ciencia genuina y que, por lo demás, son también los propios valores que la ciencia asume para sí misma. La ciencia también quiere ser racional, la ciencia quiere ser verdadera y quiere ser libre. Hay, así, plena coincidencia entre lo que la ciencia quiere asumir para sí con el tipo de sociedad que queremos asumir en un futuro próximo.